

pues de 1814 á 1819, desaparecieron del mundo Whitbread, Sheridan, Horner, Ponsomby, Romilly el segundo de Bentham y Grattan.

Dicho se está que el fondo en donde había caído el partido liberal había de atraer á él al partido tory, porque este es el privilegio del abismo, y el abismo era la corrupción electoral que era espantosa y la anarquía parlamentaria que era grande, hasta el punto de durar las sesiones de una legislatura siete años. Desde antes de la guerra de América se venía tratando de la reforma electoral. Habían hecho de ella una arma los tories contra los whigs cuando estos estaban en el poder, y los whigs hicieron de ella á su vez una arma contra los tories al ser reemplazados por estos. Uno y otro partido sentían la necesidad de la reforma, pero ninguno de los dos partidos pudo acometerla. Durante Jorge III, porque éste no la hubiese consentido jamás temeroso de encontrarse con unos Estados generales; durante la regencia, porque las corrientes reaccionarias lo invadieron todo y porque el partido que podía pedirla y aún exigirla, no tenía fuerzas ni alientos para la empresa.

Este estado de cosas produjo su natural efecto. Que los temperamentos ardientes se separaron de los whigs para constituir un partido, el partido radical, partido bullanguero y antojadizo como lo es siempre el radicalismo fruto de impaciencias muy justificadas á veces, pero impaciencias al fin, que mejor se logra las más de las veces vencer resistencias pasivas combatiéndolas de lado, que no combatiéndolas de frente. Separados los Burdett y los Cochrane del partido, su radicalismo asustaba tanto á los whigs como á los tories: á éstos por sus principios, á aquéllos porque creían que les alejaban del poder sus exageraciones. Desautorizados por todos, esos radicales, no encontraban apoyo más que en el partido democrático y por esto no vacilaban en tenderle la mano viniendo así á dar consistencia y robustez á un partido que hasta entonces no había sido gran cosa más que una aspiración.

Tenía á la sazón al frente el partido demócrata, un hombre que, como Bentham, acabó por serlo en vista de las exageraciones de la reacción.

Guillermo Cobbet, que se había formado en América, en donde había combatido al partido republicano americano y francés, defendiendo para América á los federalistas y para Francia á los constitucionales, al regresar á la madre patria ya hombre,—1800,—es uno de los más decididos adversarios de la reforma electoral y del sufragio universal, condenando este como hombre que lo había visto en práctica de

cerca. Era pues, Cobbet, un whig, si reformista, conservador como todos los ingleses, y no rompió con las tradiciones de su partido sino cuando se convenció que éste, como los tories, sentía invencible repugnancia por las novedades, aún por aquellas que más imperiosamente exigía la opinión.

Fueron los escándalos electorales de los tories, fueron las excitaciones de estos al populachó para que persiguiera y apedreará á los whigs por papistas y católicos, lo que hizo á Cobbet partidario de una reforma electoral radical y de una política expansiva y de ancha base apoyada en el pueblo inglés, hasta entonces agitado por gente sin instrucción y sin cualidades para disciplinarlo y formar un partido capaz de poder revindicar sus derechos cada vez más mermados por la corona.

Bentham creyó que podría entenderse con Cobbet y en 1810 se hicieron gestiones, pero Bentham se equivocaba, Cobbet reinaba ya entonces entre las masas. Sabía halagar sus pasiones y hablar su lenguaje. Participaba de sus odios y rencores, y hombre de partido en la malá excepción de la palabra, empleaba contra los otros partidos toda clase de armas. Verdad es que en esto no hacía más que imitar á sus adversarios que le trataban de loco, ladrón é incendiario. Por este tiempo Cobbet estaba en la fuerza de la vida, tenía cuarenta y cuatro años y su elocuencia particular y el favor del pueblo que gozaba por entero, le habían de disponer muy poco para compartir su gobierno de las masas con otro aún cuando éste fuera Bentham. Por otra parte, ¿qué hubiera hecho Bentham en el seno de un partido militante? Y este partido, ¿qué confianza había de sentir por el oráculo del tsar de Rusia y del bey de Trípoli? El partido democrático inglés no podía, sin embargo, anteponer el uno al otro. Como San Pedro y San Pablo que se repartieron el mundo tomando uno á su cargo la conversión de los circuncisos y el otro el de los incircuncisos, de la misma manera los demócratas ingleses hubieron de dejar á Bentham el mundo de la teoría y á Cobbet el de la práctica.

El apostolado de Cobbet no debemos figurárnoslo tan democrático como podríamos deducirlo del empleo de este adjetivo. Viendo Cobbet la fuente de todos los males que padecía Inglaterra en la situación política del país creada por la corrupción electoral, reclamó con energía la reforma electoral. Constaba la Cámara de los Comunes á la sazón de trescientos seis diputados nombrados por el mismo gobierno, por setenta y un pares y por noventa miembros de la Cámara, ora por nombramiento di-

recto, ora gracias á una influencia indirecta ejercida por ellos. Contaba además, veintiocho miembros nombrados por compromiso, y veintiún diputados enviados á la Cámara por diez y siete burgs, entre los cuales ni uno solo llegaba á tener ciento cincuenta electores, es decir, trescientos cincuenta y cinco diputados que formaban una mayoría de noventa votos. Lo que pedía Cobbet era que se organizara una nueva Cámara, en la que estuvieran repartidos los sentimientos y los intereses de la gran masa de los propietarios entre el pueblo. El sufragio universal, elecciones anuales y escrutinio directo. Esto es lo que pedía Cobbet y lo que pedía también por su parte Bentham, pero aquél por pedirlo con la virulencia acostumbrada fué preso y condenado á dos años de prisión. Esto solo faltaba á Cobbet para agriar del todo su carácter y para hacer de él el ídolo del pueblo.

El pueblo iba á entrar en escena dirigido por Cobbet, favorecido por las grandes carestías producidas por las malas cosechas de 1816.

Inglaterra, la nación triunfante, la que tenía el imperio de los mares y esclavizadas las Indias, salía de la guerra descalabrada. Habíale costado ésta la enorme suma de mil ciento millones de libras esterlinas, y la era de la paz la inauguraba con una deuda de novecientos millones. Si durante la guerra las pasiones excitadas hicieron callar todas las reclamaciones y desoír todas las advertencias, al hacerse la paz y al ver que con ella aumentaban las exigencias del gobierno y la miseria del país, el país perdió la calma y entonces principió una de tremendas acusaciones contra el gobierno á quien acusaban de haber arruinado el país con su política extranjera.

De la situación económica de Inglaterra, esta es la verdad, el gobierno inglés no tenía la culpa. Mientras Napoleon tuvo cerradas á Inglaterra las fronteras de Europa, Inglaterra encontró en el contrabando un medio de suplir sus necesidades y desarrollar todas las industrias, pues se tenía que cuidar de satisfacer las necesidades de toda Europa y de la mayor parte de América. La paz hizo cesar este orden de cosas. Las naciones europeas procuraron con ahinco restaurar su comercio, su industria y su agricultura, y cada nación que se reorganizaba era un golpe terrible dado á la situación económica de Inglaterra; por consiguiente, al restaurarse Europa entera, Inglaterra quedaba desequilibrada, porque todas las naciones se defendieron de ella con medidas protectoras más ó menos racionales, pero que de todas maneras iban de

pronto á paralizar el trabajo inglés. En esta apurada situación sobrevienen unas tras otras las malas cosechas y el hambre empieza á sentirse. Se acude á los granos extranjeros, y entonces es la agricultura inglesa la que clama protección, y aún cuando Greenville y Wellesley, cada vez más whig, hicieron atinadas reformas, y Bentham hizo ver que no se iba á remediar la miseria del pueblo con impedir la importación de cereales extranjeros, el grito de protección siempre seductor dominó, y Cobbet por convencimiento ó por debilidad por su partido, apoyó la medida. Dicho se está que no se tardó en sentir los desastrosos efectos de tal resolución. El trigo indígena se puso por las nubes, pero ni los agricultores se enriquecieron, ni el pueblo tuvo pan. Los monopolizadores hicieron su agosto y este fué todo el bien que reportó tan poco meditada medida.

Como la agricultura inglesa se había transformado durante la guerra para amoldarse á las condiciones creadas por ésta, como si éstas debieran ser eternas, la producción agronómica inglesa se veía desbordada por la competencia extranjera, siendo necesario cambiar los cultivos, lo que no se podía conseguir en un instante. De modo que el mal estar era tan grande entre los agricultores como entre los industriales; pero fueron los obreros industriales aumentados con trescientos mil licenciados de los ejércitos de mar y tierra, quienes tampoco sabían en qué emplearse para ganarse la vida, los que principiaron por manifestar ruidosamente su disgusto, porque su concentración les daba la fuerza necesaria para contestarse y reunirse.

Provocó el conflicto lord Castlereagh con su insolente lenguaje, hablando de la ignorancia del pueblo inglés y de la firme resolución del gobierno de mantener el orden, declarando que la impaciencia del pueblo en querer sacudirse las cargas que le había impuesto la guerra, se calmaría ante su firme actitud.

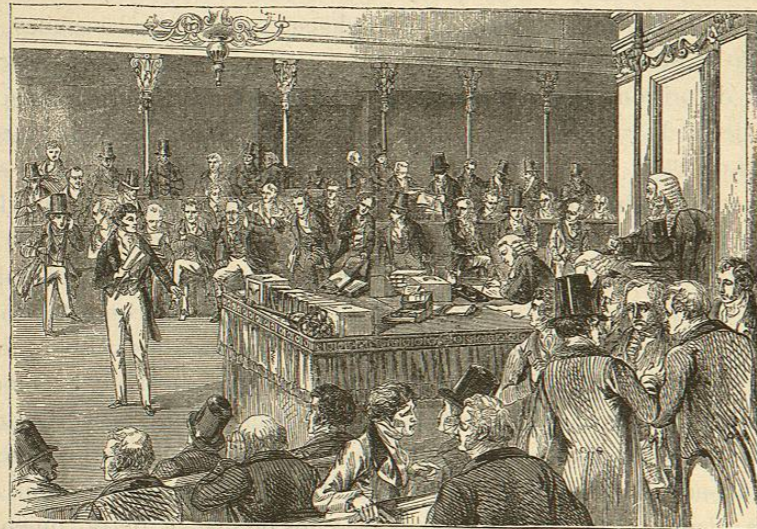
Con esto Castlereagh lo que hizo fué provocar al pueblo junto con la Cámara y ésta aceptó el reto, votando el día 16 de Marzo de 1816, la abolición del impuesto sobre la renta creado por la guerra. El gobierno quedó asombrado ante este acto de independencia de la Cámara de los Comunes, de cuya independencia se había perdido ya la memoria, y no menos asombrado quedó el país, pero éste se repuso en seguida y aclamó á la Cámara y saludó con júbilo la vuelta al puro régimen constitucional. Como en esta campaña los whigs habían dado los primeros, este partido recobró si no su antigua importancia, algo del favor público que había perdido,



y fueron los whigs los que reportaron todas las ventajas de las reformas y economías que el gobierno se vió obligado á hacer.

Fácil es presumir que esta agitación y esta actitud de la Cámara hubo de servir y alentar á los demócratas á pedir con más energía que nunca la reforma electoral.

Desde Febrero de 1815, Cobbet había llevado la agitación á las ciudades de provincia, formando en todas partes clubs para pedir la reforma, pero los tumultos producidos por la carestía de 1816 contuvieron los progresos de la obra de Cobbet. Los des-



Lord Jhon Russell defendiendo la reforma electoral en el Parlamento

por el cual purificada la administración pública y establecido un buen gobierno se harían las economías y el orden en la administración, que es lo que podía remediar la situación precaria del pueblo. Al mismo tiempo le hizo comprender que la guerra que hacía á las máquinas de hilar y de tejer que entonces se habían introducido en la fabricación, era absurda, que estas no eran causa de su miseria, que las máquinas no hacían más que favorecer al trabajador y al trabajo, lo que se tardó en comprender en Europa por los obreros durante muchos años, pero que comprendieron en seguida los obreros ingleses, pues como por ensalmo se calmaron los tumultos, elevando á Cobbet á la altura de primera potencia en Inglaterra.

Como lo que urgía, según Cobbet, era la reforma electoral, éste aprovechó su triunfo para hacer firmar exposiciones y más exposiciones reclamándola, de modo que no parecía sino que toda Inglaterra estaba á las órdenes de Cobbet. Su diario antes sólo leído por sus partidarios, ahora era leído por

órdenes de los hambrientos que saquearon varios pueblos y molinos, eran explotados por los enemigos de la reforma electoral y hasta presentados como un resultado de la propaganda democrática, por cuyo motivo Cobbet, que sentía el mal que se le hacía, se revistió de energía y publicó un número de su revista el *Registro político*, que venía publicando desde los días del gobierno de Addington, en el cual exhortaba calurosamente á los obreros para que sufrieran pacientemente la miseria que no hacían más que aumentar con su actitud, porque no se conseguiría hacer viable el proyecto de reforma electoral

todo el mundo, y se comentaban sus artículos en todas partes. Los obreros compraban un ejemplar que costaba un chelín y dos farthings y lo leían en las tabernas en voz alta á corros de compañeros que iban renovándose. Asustado el gobierno por esta gran popularidad de Cobbet, creyó poder combatirla amenazando á los taberneros con retirarles sus patentes, á lo que contestó Cobbet imprimiendo el 2 de Noviembre un número de su diario que hizo vender por dos peniques, continuando su publicación á este precio regularmente desde el día 16 del mismo mes. Imposible hoy figurarnos el efecto que causó el vender millares de ejemplares del *Registro político* á dos peniques, esto era una revolución y una revelación. La prensa había encontrado la manera de llegar á las clases populares, desde este día iba á ser necesario contar con la prensa para todo. El *Registro político* tiraba sesenta mil ejemplares. En Febrero de 1813, Cobbet se gloriaba de haber vendido más de un millón de ejemplares. Dado este fuerte impulso á la opinión, la opinión avanzó y al

hacerse las elecciones municipales de Londres, un liberal, Wood, que el año antes apenas habría tenido cien votos fué elegido lord alcalde de Londres.

Wood correspondió á la confianza de sus electores haciendo una enérgica campaña en el seno del gran municipio londinense en favor de la reforma de la administración pública, hasta el punto de que uno de los regidores pidió que se destruyera el monumento que se había elevado á Pitt en Guildhall. En 28 de Noviembre de 1816, «en una Asamblea del colegio electoral de los burgueses, que expresaba fielmente la opinión de toda la burguesía de Londres, se decidió dirigir al regente una petición,

que era una condenación explícita de la administración de los tories, y al mismo tiempo el manifiesto del whigismo y de la democracia. Atribuíase toda la miseria pública á las guerras irreflexibles del pasado, al efectivo inconstitucional del ejército, á la elevación de la lista civil y á la dilapidación del tesoro público; desgracias, decían, que tenían todas su causa en la representación defectuosa de la nación. Pocos días antes, en 15 de Noviembre, se había celebrado, en los campos entonces sin edificar de Spafields cerca de Islington, una Asamblea de reforma, compuesta en su mayor parte de los tejedores de distrito, los cuales acordaron diri-



J. MARKINTOSH

gir al regente una petición que Hunt, un demócrata de los de 1793 puso por sí mismo en manos de lord Sidmouth. En este día, una secta de gentes desesperadas había hecho proposiciones que tendían á hacer salir á los *reformers* de las vías pacíficas.»

Estos fueron los que resucitaron los proyectos revolucionarios de Spence, otro demócrata de la época revolucionaria: tenían por jefes al cirujano Watson y á su hijo y al obrero Preston. Ellos fueron los que el día 2 de Diciembre, día señalado para una nueva asamblea en Spafields, antes de que en ella se presentara Hunt, arrastraron á los reunidos y se dirigieron á la torre de Londres. Por el camino saquearon dos tiendas de armeros, matando de un tiro Watson hijo, al dependiente de una de ellas, pero se les presentó Wood en la Bolsa, acompañado de siete hombres, y no sólo les hizo tomar por otro lado, sino que puso presos á siete de los tumultuarios, lo que indica cuán fácilmente se hubiera podido dominar el conflicto: llegando por fin delante de la torre ya muy reducida la manifestación,

contentóse allí con intimar Preston á la guarnición del arsenal de Londres, la rendición. Así terminó este alboroto cuyo único resultado fué el que el regente recibiera con malos modos á Wood al presentarle la exposición de los ciudadanos londinenses en favor de la reforma electoral, amén de sembrar la división entre los reformadores, pues los amigos de Cobbet y de Hunt protestaron enérgicamente de los sucesos del 2 de Diciembre, separándose del grupo de Hunt la burguesía de Londres acaudillada por Wathman. Cobbet que había reunido exposiciones en favor de la reforma, no pudo obtener de Burdett, el diputado y presidente del club central de Londres, que las presentase al Parlamento.

Estas defecciones más ó menos resueltas excitaban todavía más á los elementos exaltados que se precipitaron sobre el carruaje del regente cuando éste regresaba de la Cámara de los Comunes de inaugurar las sesiones del año 1817,—28 de Enero,—rompiendo uno de sus cristales, produciéndose